

EL FRANCISCANO PEDRO SELLERAS (1555-1622) SE QUEDÓ FUERA DEL SANTORAL*

POR

JOSÉ IGNACIO GÓMEZ ZORRAQUINO¹

Universidad de Zaragoza

RESUMEN

El artículo analiza las diversas iniciativas que en los siglos XVII y XVIII se tomaron para propiciar la beatificación del franciscano fray Pedro Selleras (1555-1622), quien a lo largo de su trayectoria vital y después de muerto estuvo muy vinculado a un extenso territorio de Aragón. Las excelencias del predicador Selleras fueron expuestas por destacados prelados y escritores de la orden franciscana (González de Mendoza, Francés de Urrutigoiti, Hebrera, Arbiol,...), amén de otras señaladas personalidades (los preladados Apaolaza y Cortés y Sangüesa,...). A pesar de todo ello, nuestro protagonista, en el proceso de pureza doctrinaria, solamente superó el primer examen, lo que le convirtió en “venerable”.

PALABRAS CLAVE: franciscano; Pedro Selleras; venerable; proceso de beatificación; santidad.

THE FRANCISCAN FRAY PEDRO SELLERAS (1555-1622) STAYED OUT OF THE SANTORAL

ABSTRACT

This article analyzes the various initiatives in the seventeenth and eighteenth centuries were taken to promote the beatification of franciscan Fray Pedro Selleras (1555-1622), who throughout his life story and after death was closely linked to a large area of Aragon. The excellence of the preacher Selleras were exposed by prominent prelates and writers of the Franciscan order (Gonzalez de Mendoza, French Urrutigoiti, Hebrera, Arbiol,...), in addition to other outstanding personalities (the Apaolaza prelates and courteous and Sanguesa,...). Despite all of this, our protagonist, in the process of the doctrinal purity, only surpassed the first test, which made him “venerable”.

KEY WORDS: franciscan; Pedro Selleras; venerable; beatification process; holiness.

CÓMO CITAR ESTE ARTÍCULO / CITATION: Gómez Zorraquino, J. I. 2017. «El franciscano Pedro Selleras (1555-1622) se quedó fuera del santoral». *Hispania Sacra* 69, 139: 263-273. doi: 10.3989/hs.2017.018

Recibido/Received 08-02-2016

Aceptado/Accepted 27-04-2016

De la extensa nómina de personas que vivieron y murieron con fama de santidad, y fueron propuestas para ser beatificadas y santificadas, queremos rescatar la figura del “venerable” franciscano Pedro Selleras (1555-1622). A los motivos personales de la elección debemos sumar el hecho

de que, en la vida terrenal de este padre franciscano y después de su muerte, concurren una serie de circunstancias (su papel de predicador, sus actuaciones “milagrosas”, el reparto de sus reliquias, la traslación de sus restos por varias poblaciones, la involucrada presencia de las autoridades laicas y eclesiásticas, etc.) que ilustran una parte —en algunos casos significativa— de lo acontecido durante la Contrarreforma en las vertientes siguientes: las órdenes religiosas, el reconocimiento de la santidad (beatificaciones y canonizaciones), el papel intercesor de los santos ante Dios, los prodigios de las reliquias, el prestigio del patronazgo de la santidad, la identidad de los más diversos colectivos, etc.

* Este trabajo forma parte de las investigaciones que lleva a cabo el Grupo Consolidado de Investigación Blancas, reconocido por el Gobierno de Aragón. El estudio también se ha beneficiado del proyecto de investigación “Elites políticas y religiosas, sacralidad territorial y hagiografía en la Iglesia hispánica de la Edad Moderna”, Ministerio de Economía y Competitividad, 2015-2019 (HAR 2014-52434-C5-2-P).

¹ jigozo@unizar.es / ORCID iD: <http://orcid.org/0000-0001-5321-3470>

En la larga lista de candidatos para subir a los altares –donde unos llegaron a ser reconocidos como santos y otros se quedaron por las distintas etapas del recorrido– encontramos que en la presentación de los aspirantes se resaltaban una serie de elementos comunes (en cuanto a las virtudes, curaciones milagrosas, etc.), lo que quedó reflejado, llegado el caso, en unas hagiografías construidas con esquemas semejantes. Por ello, aunque debemos tener en consideración dichos relatos literarios, reclamamos una mayor atención para el estudio del entramado político, socioeconómico y cultural (personas, escritos, etc.) que respaldaba a cada uno de los pretendientes, donde hallaremos la verdadera dimensión del camino recorrido hasta llegar a las peanas. Lógicamente, los propuestos que contaban con mayores apoyos (amén de las más diversas circunstancias concernientes a las políticas de Estado y de la Iglesia, etc.) tenían una gran ventaja para alcanzar la meta de la santidad. No siempre fue así y, por ello, se hace imprescindible el estudio de cada caso.

ALGUNOS DATOS BIOGRÁFICOS

La biografía básica de Pedro Selleras –realizada a partir de la documentación parroquial y de lo expuesto por diversos escritores– es la siguiente: nació en el lugar de Torrelasnegros (Teruel), población perteneciente en ese momento a la Comunidad de Daroca, en los primeros días de noviembre de 1555 y fue bautizado el 7 de dicho mes y año². Hijo de cristianos viejos, pronto se desplazó a vivir a Zaragoza, donde tomó el hábito franciscano en el convento de Nuestra Señora de Jesús el 10 de mayo de 1575³. Latassa –siguiendo a Francés de Urrutigoiti– lo sitúa como secretario del protonotario don Francisco Climente, del Consejo Supremo de Aragón⁴. Más tarde, hizo la profesión el 12 de mayo de 1576 en el convento franciscano de Santa Catalina del Monte de Cariñena (Zaragoza)⁵. El 19 de mayo de 1587 fue instituido predicador y confesor⁶. Cuatro veces guardián (una de ellas cuando el 21 de noviembre de 1612 lo fue del convento de Nuestra Señora de los Ángeles de Híjar (Teruel)) y una definidor (el 28 de junio de 1614) de la orden religiosa a la que pertenecía⁷.

Sus hagiógrafos señalaban que fue servidor de sus compañeros, obediente, muy dado a la oración, muy penitente

(ayunaba muchas veces con pan y agua, comía cada veinticuatro horas, se echaba desnudo a los zarzales hasta que sangraba por todo el cuerpo, llevaba una alforja con piedras y andaba descalzo y mal vestido por la nieve y el agua fría), devoto del Santísimo Sacramento, predicaba por los lugares “más desventurados y tristes”, enseñaba a hacer el acto de contrición y oraba por las almas del purgatorio. Padece muchas persecuciones, trabajos e injurias. Dios le dotó del espíritu de profecía, lo que le permitió saber que iba a morir en Visiedo (Teruel), en la predicación de la Cuaresma. Falleció el 28 de febrero de 1622, según anotó Antonio Navarro, vicario de Visiedo⁸.

EN EL CAMINO DE LA SANTIDAD: PRIMER INTENTO

Como hemos apuntado en el título del trabajo, el padre franciscano fray Pedro Selleras [o Salleras o Silleras] y Lázaro⁹ se quedó fuera del santoral. Esto ocurrió, a pesar del interés que mostraron para su inclusión otros franciscanos ilustres como el arzobispo de Zaragoza fray Pedro González de Mendoza¹⁰, fray Francisco de Torres, fray Tomás Francés de Urrutigoiti, fray Juan [Francisco] Pérez López, fray José Antonio de Hebrera y Esmir, fray José García y fray Antonio Arbiol Díez, por citar a algunos miembros de la comunidad religiosa franciscana que se preocuparon por el reconocimiento de la santidad de uno de sus “hermanos”.

Atendiendo a estos presupuestos, queremos plantear un estudio que nos permita entender las claves del recorrido que siguió la fábrica de la santidad de nuestro protagonista. Para ello, tomaremos con cautela los escritos hagiográficos que sobre el padre Selleras se han redactado desde el siglo XVII hasta nuestros días. Nuestro análisis se centrará en todo lo acontecido en los siglos XVII y XVIII, un punto de partida que también utilizaron, mayoritariamente, los autores que se han ocupado del tema en el siglo XX. De estos últimos, nos referimos a don Félix Sánchez Lidón¹¹, al padre

⁸ Archivo Histórico Diocesano de Teruel. *Quinque libri* de la parroquia de Visiedo, tomo I, p. 56

⁹ La consideración de “venerable” se adquiriría cuando se superaba el primer examen de pureza doctrinaria (llevado a cabo por los obispos) y pasaban a la etapa romana. Como luego veremos, el 9 de febrero de 1623, el franciscano arzobispo Pedro González de Mendoza y el tribunal eclesiástico que trató el tema de la santidad del padre Selleras acordaron lo siguiente: la veneración del cuerpo muerto de dicho fraile, poner lámparas en su sepulcro, encender cirios, pintar su imagen sin rayos ni diademas en sitios públicos...

¹⁰ El franciscano fray Pedro González de Mendoza, arzobispo de Zaragoza durante los años 1616-1623, nació en Madrid el 10 de febrero de 1571. Este hijo de los príncipes de Éboli y hermano de la duquesa de Medina Sidonia fue confesor de la emperatriz doña María y, sucesivamente, ocupó los siguientes puestos en la orden a la que pertenecía: predicador mayor, provincial en Castilla y comisario general. Tras su estancia en Portugal –por mandato de Felipe III– fue elegido obispo de Osma y, posteriormente, arzobispo de Granada, desde donde se trasladó a la sede zaragozana. En 1617 visitó el arzobispado –sin que haya constancia documental de la visita pastoral–, convocó un sínodo diocesano y celebró el XII Concilio de Zaragoza. Fundó el convento de capuchinas de Zaragoza y favoreció la instauración de las carmelitas descalzas de Santa Teresa (“fecetas”). En 1623 abandonó la sede de Zaragoza y se convirtió en obispo de Sigüenza (Serrano Martínez 2001-2002: 222).

¹¹ Sánchez Lidón 1903, citado por Fray Jesús Sanjuán, de quien daremos cuenta a continuación.

² Podemos constatar que en los *Quinque libri* de Torrelasnegros figura el bautizo de Pedro Salleras (hijo de Pedro Salleras y María Lázaro, casados el 2 de septiembre de 1549). Fue el tercer retoño de una unidad familiar que llevó a la pila bautismal a siete descendientes. La muerte de su padre permitió las segundas nupcias de su madre con Juan Colás. Archivo Histórico Diocesano de Teruel. *Quinque libri* de Torrelasnegros, doc. 1, f. 105r y ff. 104r, 104v, 106r, 106v, 107r y 108r; *Libro de los que oyen misa nupcial*, f. 238r.

³ Francés de Urrutigoiti señaló erróneamente el 10 de mayo de 1527 como la fecha que recibió el hábito franciscano, con 19 años. Si tenía 19 años y había nacido en noviembre de 1555, como apuntaba el mismo autor, debemos hablar de los primeros meses de 1575 como el momento de profesar. Francés de Urrutigoiti 1664.

⁴ Francés de Urrutigoiti 1664: 9. Latassa y Ortín 2004, II: 250.

⁵ El convento franciscano de Santa Catalina del Monte debió de ser fundado en la primera mitad del siglo XV. Hebrera y Esmir 1703: 530-531.

⁶ Francés de Urrutigoiti 1664: 22-23. Este mismo autor, en una página posterior de su libro, lo sitúa en 1584 como predicador y confesor conventual de Nuestra Señora de Monlora.

⁷ Francés de Urrutigoiti 1664: 27.

Jesús Sanjuán Navarro¹² y al canónigo turolense Jerónimo Beltrán¹³. Hemos de anotar que nosotros no hemos tenido acceso al proceso de beatificación del padre Selleras que se inició en la curia arzobispal (siendo su procurador fray Francisco de Torres y actuando como notario Francisco de Olcinellas), un pergamino encuadernado con solapas que se custodiaba no hace muchos años (en 1991 fue expuesto) en el Archivo Diocesano de Zaragoza y que en la actualidad se encuentra en paradero desconocido. Descartando esta posibilidad de consulta, fundamentamos nuestro trabajo en las obras del citado fray Francisco de Torres, de fray Tomás Francés de Urrutigoiti –quien tuvo acceso y utilizó la documentación del proceso de beatificación iniciado en 1622-1623– y de fray Juan [Francisco] Pérez López, unos autores que sirvieron de referencia a los estudiosos contemporáneos (al padre Jesús Sanjuán y al canónigo Beltrán)¹⁴.

Si profundizamos en los avatares de la fracasada “fábrica” de la santidad de Selleras, debemos empezar destacando que cuando el fraile franciscano Juan [Francisco] Pérez López, en el libro último de su *Descripción de la vida y muerte del venerable padre fray Pedro Selleras* (1703)¹⁵, citaba cinco “heroycos testimonios” de las virtudes del padre Selleras, nos estaba abriendo el camino que obligatoriamente debemos seguir para conocer en profundidad los entresijos que favorecieron el interés por colocar en los altares al “venerable”. El padre Pérez López indicaba que el primer testimonio lo aportaba el martirologio franciscano del año 1626, que incluía al confesor Selleras. Los restantes testimonios partían del que fue arzobispo de Zaragoza don Pedro Apaolaza y Ramírez, del obispo de Teruel don Tomás Cortés y Sangüesa, del franciscano fray Francisco de Torres y del también franciscano fray Tomás Francés de Urrutigoiti¹⁶. Además, este último, como autor de *Vida y muerte*, añadió al joven don Juan de Funes Villalpando y Arriño (quien fue marqués de Osera, señor de las baronías de Osera, Figueruelas y Estopiñán, casado con doña María Francisca Climente y Enríquez) y don Bernardino de Marquina (caballero de la Orden de San Juan, comendador de la encomienda de Castiliscar y mayordomo del capítulo de caballeros e hijosdalgo de la villa de Híjar)¹⁷.

Si repasamos cada una de las indicadas intervenciones, veremos que no son accidentales. Así, en primer lugar, hemos de considerar como algo lógico que el martirologio franciscano de 1626 incluyese a uno de sus hijos, mucho más si tenemos en cuenta que tras la muerte de Selleras en 1622 los franciscanos pretendían que fuese beatificado. Detrás de esta clara intención debemos preguntarnos por el interés que podían tener los hijos de san Francisco de Asís por beatificar y, llegado el caso, canonizar a un miembro de la comunidad franciscana de Híjar que tenía su patria en Torre los Negros o Torrelasnegros (Teruel) y murió en Visiedo, población muy cercana al lugar de nacimiento del citado fraile. La respuesta más lógica es que los franciscanos querían reforzar su presencia en una amplia zona de la

actual provincia de Teruel y algunas poblaciones de la provincia de Zaragoza, limítrofes con la anterior. Con el padre Selleras, como objeto devocional, tenían una buena oportunidad para lograr tal fin, ya que el “venerable” aportaba una identidad local acorde con los intereses de la orden a la que pertenecía. No es casual que nuestro protagonista pasase –de una forma u otra– por los conventos franciscanos de Cariñena, Zaragoza e Híjar y predicase en poblaciones de la citada franja territorial. Tampoco debe ser obra de la casualidad que los hagiógrafos de Selleras hablasen del levantamiento del cadáver del “venerable” por parte de los monjes franciscanos del convento de Calamocha¹⁸, un cenobio de la orden que era de reciente creación y el más cercano a Visiedo, aunque por su juventud debía estar necesitado de una buena publicidad que relanzase su presencia en la ribera del Jiloca –donde, salvo alguna excepción, no se apunta la presencia del predicador Selleras–¹⁹. Recordemos que a la provincia franciscana de Aragón pertenecían en 1567 –después de separarse los conventos de San Francisco de Pamplona y Sangüesa y el de San Sebastián de Tafalla– los siguientes diecinueve conventos: el de Jesús de Zaragoza, los de San Francisco de Tarazona, Calatayud, Borja, Daroca, Barbastro, Zaragoza, Huesca, Teruel, Jaca, Ejea de los Caballeros, Sariñena y Monzón, Nuestra Señora de Jesús de Alcañiz, Santa Catalina de Cariñena, San Cristóbal de Alpartir, Nuestra Señora de Monlora (en Luna), Nuestra Señora de los Ángeles de Híjar y San Salvador de Pina²⁰.

En el caso de la participación de don Pedro de Apaolaza –que fue testigo de proceso de beatificación que se inició en 1622-1623, por orden del franciscano fray Pedro González de Mendoza, arzobispo de Zaragoza, para subir a los altares al padre Selleras–, los motivos que le movieron a actuar de dicha forma fueron sentimentales y religiosos. Decimos esto porque, si miramos los datos biográficos de Apaolaza antes de ser arzobispo²¹, vemos que durante los años 1596-1605 fue el rector de la iglesia parroquial de Torrelasnegros, el lugar de nacimiento y predicación de nuestro protagonista. Esto supone que Apaolaza pudo tener sentimientos de gratitud de su paso por Torrelasnegros –la tierra natal o patria

¹⁸ Aunque se desconoce el momento preciso de la fundación del convento de franciscanos de Calamocha, todo apunta a que su fundación fue a principios del siglo XVII (Benedicto Gimeno 1996: 16). Un siglo después de la fundación del convento franciscano de Calamocha, éste recibió el respaldo del franciscano fray Antonio Arbiol Díez (1720), cuando escribió *Epitome de la virtuosa...*

¹⁹ Se apunta su predicación en las siguientes poblaciones de las actuales provincias de Teruel y Zaragoza: Aliaga, Almonacid, Argente, Azuara, Bañón, Barrachina, Belchite, Camarillas, Cariñena, Corbatón, Cortes de Aragón, Cosa, Daroca, ermita de Nuestra Señora de la Langosta, Escatrón, Fuendetodos, Híjar, Las Parras, Lécera, Lidón, Maella, Muniesa, Ojos Negros, Puebla de Albortón, Rubielos [de la Cérica], Samper de Calanda, Segura de Baños, Torrelasnegros, El Villarejo de los Olmos, Sos del Rey Católico, Villanueva del Rebollar, Villanueva de Huerva y Visiedo. Sanjuán Navarro, J. 1973: 23.

²⁰ Hebrera y Esmir 1703: 90-91.

²¹ Además, estamos ante un doctor en Teología que fue abad del Real Monasterio de San Victorián (1612-1622), obispo de las sedes de Barbastro (1622-1625), Albarracín (1625-1633) y Teruel (1633-1635) y, finalmente, arzobispo de Zaragoza (1635-1643), después de ocupar la vacante que había dejado el franciscano fray Juan Guzmán (1633-1634). Remitimos al lector a la completa biografía que sobre don Pedro de Apaolaza realizaron Tomás Domingo y Vicente González (1992). El análisis de la estancia de Apaolaza en Torrelasnegros ocupa las páginas 42-45.

¹² Sanjuán Navarro 1973.

¹³ Beltrán 1996 y 1997.

¹⁴ El citado canónigo solamente utilizó la obra de Pérez López.

¹⁵ Esta obra se publicó en Zaragoza, por Manuel Román, 1703.

¹⁶ Pérez López 1703. Estos testimonios y otros los recogía el franciscano Francés de Urrutigoiti 1664: 356-374.

¹⁷ Francés de Urrutigoiti 1664: 363-374.

de Selleras— en los inicios de su carrera eclesiástica, amén de que dichos religiosos coincidieron en dicha población en varias ocasiones. Su prelatura en Barbastro (1622-1625), cuando se intentaba beatificar a nuestro protagonista, hacía irrenunciable su respaldo al expediente que se abrió para llevar a buen puerto dicho propósito.

El apoyo del obispo de Teruel don Tomás Cortés y Sangüesa (1614-1624) a la causa franciscana tiene otro tipo de connotaciones curiosas. El oscense don Tomás, canónigo de la Catedral de Huesca (1577-1607), fue diputado del Reino de Aragón en 1607-1608, cuando ya había sido consagrado en Madrid como obispo de Jaca el último día de 1607. Permaneció en la sede episcopal jacetana hasta 1614, cuando fue promovido a la sede turolense. En esta última permaneció desde que el papa Paulo V le nombró obispo de Teruel, por bula de 27 de agosto de 1614 —tomó posesión por procurador el 5 de noviembre de 1614—, hasta su muerte, acaecida en Huesca el 9 de diciembre de 1624²². Nos interesa destacar que el obispo Cortés sentía aprecio por la orden franciscana. Profesaba gran devoción a los santos mártires franciscanos fray Juan de Perusia y fray Pedro de Saxoferrato²³ desde que las reliquias de dichos santos mártires —depositadas en el templo turolense de San Francisco— ayudaron a sanar en 1619 a su sobrino don Faustino [Cortés y Sangüesa, señor de Torresecas (Huesca). Si seguimos al cronista franciscano José Antonio de Hebrera y Esmir —como en su día hizo Juan José Polo—, el relato es el siguiente: estando el señor de Torresecas, don Faustino, en Teruel, en compañía de su madre doña Gracia de Arnedo y Vargas, el 30 de septiembre de 1619 recibió una cuchillada en el codo del brazo derecho. La gravedad de la herida fue determinante para que los cirujanos que atendían al herido quisiesen amputarle el brazo. Ante tal circunstancia, doña Gracia y su cuñado el obispo de Teruel decidieron utilizar las reliquias de los señalados santos mártires franciscanos —según el cronista franciscano Hebrera— para sanar el mal-trecho brazo, antes de amputarlo. Después de deslizarlas por el brazo herido, el enfermo sanó, dándose la circunstancia de que las reliquias de san Lorenzo no habían ofrecido los mismos efectos terapéuticos al devoto oscense enfermo²⁴. Como muestra de agradecimiento, el obispo Cortés, todos los años, durante la festividad en honor de los citados santos mártires, celebraba misa de pontifical en la iglesia de

San Francisco de Teruel. Además, el obispo turolense, para dejar mayor constancia de agradecimiento por lo acaecido, mandó labrar un retablo —que concluyó en 1625— con los santos mártires Juan de Perusia y Pedro de Saxoferrato atados a dos cipreses, con dos ángeles con palmas y coronas que se las ofrecían a los “Victoriosos Soldados de JesuChristo por su gran triunfo”, donde también estaba el devoto prelado puesto de rodillas y con hábito de pontifical²⁵.

Estas actuaciones del prelado Cortés sirvieron para reforzar el peso de los franciscanos en Teruel, algo que también tenía muy claro el cronista de la orden fray José Antonio de Hebrera y Esmir cuando afirmaba lo siguiente:

“[...] por medio de las Santas Reliquias de nuestros Invictos Mártires, que con las de otros Santos, para obligar con aquella gracia al piadoso zelo del Santo Obispo, a hazerse Chronista de sus milagros y a establecer la devoción y el culto de los Santos en la Ciudad y comarca de Teruel”²⁶.

En este escenario también debió de estar presente don Baltasar Sebastián Navarro de Arroita, quien —si seguimos a Félix Latassa y Ortín y a Miguel Gómez Uriel— era originario de Visiedo, población donde murió y fue enterrado el padre Selleras. Estamos hablando de un personaje que, si repasamos su biografía, ocupó destacados cargos laicos y eclesiásticos. Nos encontramos ante un hijo de Visiedo que nació en 1577. Estudió en la Universidad de Salamanca, donde fue colegial del Colegio Mayor de Oviedo. En dicha Universidad enseñó Cánones. Fue sacristán y canónigo de Teruel. En febrero de 1607 ocupó un puesto en la sala de lo Criminal de la Real Audiencia de Aragón. Este consultor del Santo Oficio fue miembro del Colegio de Abogados de Zaragoza. El 12 de octubre de 1621 tomó posesión de la plaza de auditor de la Rota romana. Embajador del papa Gregorio XV ante el duque de Alba, virrey de Nápoles. Volvió a España en julio de 1624, para incorporarse al cargo de regente del Consejo Supremo de Aragón, donde permaneció hasta 1632. Consiguió la dignidad de arcediano de Aliaga en la iglesia Metropolitana de Zaragoza²⁷. Gómez Uriel también afirmaba que nuestro protagonista tomó posesión del obispado de Tarazona en 1627, donde continuó hasta su muerte, acaecida el 25 de diciembre de 1643. Esta última información sobre la prelatura no coincide con la aportada por Manuel Tello Ortiz, quien defendía que tomó posesión de dicho obispado el 23 de enero de 1632 y que falleció el 25 de diciembre de 1642²⁸.

Con la desaparición del obispo Navarro de Arroita no se extinguió el apoyo a la causa del padre Selleras, ya que en 1634 una sobrina del prelado, la turolense doña Juana Sebastián Navarro de Arroita y Rocafull (hija del difunto

²² Encontramos una interesante biografía de don Tomás Cortés y Sangüesa en Polo Rubio 2005: 9-65.

²³ Juan de Perusia y Pedro de Saxoferrato se establecieron en 1221 en la ermita de San Bartolomé, extramuros de Teruel. En 1228 se trasladaron a Valencia y el 29 de agosto de ese mismo año fueron decapitados en la plaza de la Higuera de la capital levantina por defender el cristianismo ante el dominio musulmán. Sus cuerpos fueron enterrados en la iglesia valenciana del Santo Sepulcro (posteriormente llamada de San Bartolomé). En 1231 los turolenses pidieron al rey Jaime I que recuperase los restos de los mártires. Luego, los sagrados cuerpos fueron colocados en una urna de alabastro y depositados en la ermita de San Bartolomé, hasta que en 1391 se derribó el edificio y se construyó el nuevo templo del convento de franciscanos de Teruel que ha llegado hasta nuestros días. La vida de las reliquias de dichos santos han pasado por diferentes estancias (urnas, altares y templos) y sujetas a diversas fragmentaciones para ser cedidas. *Los Santos Mártires de Teruel*, [sl. sn. 1978], libro publicado en conmemoración de los 750 años del martirio de los santos mártires...

²⁴ Sobre la vinculación de san Lorenzo con Huesca se puede ver Gómez Zorraquino 2007.

²⁵ Hebrera y Esmir 1703: 190-193. Hebrera dice que en 1620, al año siguiente del milagro de la curación de don Faustino, hubo unas festivas demostraciones de agradecimiento. En 1621 las fiestas en honor de los santos mártires Juan y Pedro duraron cuatro días, con el concurso de muchos aragoneses y valencianos. Esta información la recoge Polo Rubio 2005: 27-28.

²⁶ Hebrera y Esmir 1703: 192.

²⁷ Latassa y Ortín 2004, III: 27-28; Gómez Uriel 1884-1886, tomo II: 395; Arrieta Alberdi 1994: 620. Latassa y Gómez Uriel añaden que fue abogado fiscal del rey en Aragón, información que no hemos podido ratificar en nuestras investigaciones.

²⁸ Tello Ortiz 2001-2003: 176.

Melchor Sebastián Navarro de Arroita y doña Magdalena Rocafull, cónyuges, domiciliados en Teruel), contrajo nupcias con el oscense don Faustino [Cortés] y Sangüesa, quien había enviudado de su primera esposa, doña Isabel Ana Moliner, el 20 de julio de 1615²⁹. Con este enlace debieron reforzarse los intereses por defender la posible beatificación del hijo de Torrelasnegros. Recordemos que don Faustino, sobrino del obispo don Tomás Cortés y Sangüesa, en 1619, en la ciudad de Teruel, había sanado de una grave herida gracias a la intercesión de los santos mártires franciscanos fray Juan de Perusia y fray Pedro de Saxoferrato, y era proclive a la orden franciscana.

Con respecto a don Juan de Funes Villalpando y Ariño, quien fue marqués de Osera, debemos apuntar que estamos ante el mecenas que ayudó a la fundación del convento de religiosas franciscanas de la Santa Espina de Gelsa (Zaragoza), donde profesaron cuatro de sus hijas. Esta circunstancia, y que el padre Selleras hubiese estado en casa de dicho noble y en el citado convento de Gelsa —«a instancia y ruegos de dicho depositante y de su mujer»—, nos está indicando una vinculación entre las partes que convertía al testigo 203 (sic) en un interesado defensor de la beatificación del franciscano.

Algo diferente debió de ser la vinculación de fray Bernardino de Marquina con el padre Selleras y con los franciscanos. En este caso, debemos fijarnos en que estamos ante el mayordomo del capítulo de caballeros e hijosdalgo de la turolense villa de Híjar, una población y unos mandatarios interesados en prestigiarse con la posible presencia de un futuro santo (aunque no llegó el caso)³⁰.

Si nos referimos al papel que ejerció el franciscano fray Francisco de Torres —predicador, lector en Teología en el convento franciscano de Nuestra Señora de Jesús de Zaragoza, cronista de su orden en la Provincia de Aragón—, secretario del arzobispo, procurador de la provincia franciscana de Aragón en el proceso de beatificación del padre Selleras, hemos de decir que el 9 de enero de 1625, siendo miembro de la comunidad franciscana de Barbastro, escribió unas escuetas once páginas sobre el padre Selleras que resumen a la perfección “la vida, virtudes y milagros” del “venerable” predicador franciscano³¹. El cronista Torres planteaba su discurso después de dar cuenta de la muerte del padre Selleras el 28 de febrero de 1622 en el lugar de Visiedo, del obispado de Teruel, y después de comunicar que el franciscano era, en ese momento, morador del convento de Nuestra Señora de los Ángeles de la villa turolense de Híjar³².

Hemos de anotar que Torres elaboró la hagiografía del padre Selleras siguiendo —según sus propias palabras— el proceso que se incoó en el arzobispado de Zaragoza, por orden del arzobispo de Zaragoza fray Pedro González de Mendoza, franciscano, con el fin de que el venerable fuese beatificado y canonizado. Esto no debe extrañarnos por los cargos y funciones que disfrutaba en ese momento, como

acabamos de señalar. Además, podía dar cuenta completa de lo sucedido porque todo fue muy rápido, ya que el 9 de febrero de 1623, poco antes de pasar un año del óbito del padre Selleras, el arzobispo González de Mendoza y el tribunal eclesiástico³³ determinaron, siguiendo los dictados de la Iglesia, que al “venerable” no se le podía llamar santo ni rendirle culto público, pero sí se podía hacer culto y reverencia siguiendo una serie de puntos claramente especificados³⁴. A partir de ese momento, el largo proceso de beatificación empezó a dormir en los cajones de los despachos zaragozanos y romanos. Es posible que el nombramiento de González de Mendoza como obispo de Sigüenza en 1623 y que en 1624 el nuevo arzobispo de Zaragoza fuese el fraile jerónimo Juan Martínez de Peralta tuviese algo que ver con dicha paralización³⁵. Esta reflexión la hacemos atendiendo a las permanentes disputas entre las órdenes religiosas, interesadas en defender sus intereses y anular los contrarios.

Los testimonios de apoyo a la beatificación de Selleras por parte del franciscano fray Tomás Francés de Urrutigoiti, ministro provincial de su orden en la Santa Provincia de Aragón, están recogidos en su libro *Vida y muerte*³⁶. El autor empezaba con una dedicatoria a don Jaime de Híjar (hijo primogénito del duque y señor de Híjar, quien era conde de Salinas, marqués de Alanquer, conde de Ribadeo, de Belchite, de Aliaga, de Balsogona y de Guimerán, gentil hombre de la cámara de su majestad y su gran camarlengo en la Corona de Aragón) y a doña Ana María Enríquez de la Cueva, Borja, Almansa y Hinga (hija primogénita de los marqueses de Alcañizas y de Oropesa). El motivo de la dedicatoria a don Jaime debemos buscarlo en la deuda que tenían los franciscanos con el mecenas don Luis Fernández de Híjar, quien [entre 1517 y] 1524 fundó el convento de Nuestra Señora de los Ángeles en Híjar³⁷. El padre Francés de Urrutigoiti, en el prólogo del libro, declaraba que sus “cláusulas” debían

³³ Francisco de Olcinellas fue el notario encargado de levantar las actas del proceso. El tribunal lo formaron el doctor Gaspar Arias de Reinoso (arcipreste de Belchite de la Seo de Zaragoza y vicario general de la ciudad y arzobispado de Zaragoza), en representación del arzobispo don fray Pedro González de Mendoza, doctor don Luis Sarabia (canónigo y oficial eclesiástico), doctor Domingo Miravete (canónigo, tesorero del Pilar, oficial eclesiástico y juez de pías causas), doctor Vicencio Blasco (canónigo penitenciario de la Seo y consultor del Santo Oficio), doctor Domingo García (canónigo del Pilar y calificador del Santo Oficio de la Inquisición), fray Jerónimo Aldovera y Monsalve (de la orden de San Agustín, catedrático jubilado de Teología de la cátedra de Vísperas en la Universidad de Zaragoza), fray Antonio Moriz de Salazar (prior del monasterio jerónimo de Santa Engracia), fray Domingo de Altaba (jerónimo), fray Jerónimo Deza (del convento de San Lamberto, consultor del Santo Oficio y catedrático de Vísperas en la Universidad de Zaragoza), fray Miguel Ripol (carmelita y catedrático de Prima en la Universidad de Zaragoza), fray Juan Vicente Catalán (dominico, consultor del Santo Oficio), fray Francisco Ferriz (franciscano, lector jubilado de teología) y fray Pedro de Aragón y Gurra (franciscano, lector en teología, definidor de la provincia franciscana de Aragón).

³⁴ Francés de Urrutigoiti 1664: 373-386. Los sintetizó Cuella Esteban 1991: 228.

³⁵ Sobre el arzobispo Martínez Peralta se puede consultar Serrano Martínez 2001-2002: 222.

³⁶ Trabajo ya citado.

³⁷ Francés de Urrutigoiti 1664: dedicatoria. Ya hemos dado cuenta en una nota de que el franciscano fray Francisco de Torres en 1625 también había dedicado su estudio sobre el padre Selleras a doña Francisca de Pinós, duquesa de Híjar y condesa de Belchite, por la deuda con el mecenas IX duque de Híjar. A la par, se reforzaba el vínculo de los franciscanos con la casa de Híjar.

²⁹ Una información incluida en un estudio que estamos llevando a cabo en la actualidad.

³⁰ Francés de Urrutigoiti 1664: 363-374.

³¹ Torres 1625.

³² El hecho de que el citado convento fuese fundado por el IX duque de Híjar, don Luis Fernández, entre 1517-1524, puede justificar que el padre Torres dedicase el estudio a la excelentísima doña Francisca de Pinós, duquesa de Híjar y condesa de Belchite.

entenderse con la misma «significación que dio a las suyas el M.R.P. Maestro Fr. Gerónimo Fuser, en *Vida del Venerable y Apostólico Varón el ilustrísimo y reverendísimo señor D.Fr. Gerónimo Baptista de la Nuza*, tan admirable...»³⁸. Además, desde nuestro punto de vista, escondía la verdadera finalidad de su relato cuando decía lo siguiente: que solamente lo escribía para que “se muevan los fieles con el ejemplo de sus virtudes” y negaba que lo hacía para propiciar la beatificación y posterior canonización o para la comprobación de los milagros de Selleras. Advertía que utilizaba las palabras *Santidad* y *Santo* sin que ello significase una santidad canonizada o beatificada. Hablaba de una santidad “de la perfección y excelencias del sujeto”³⁹.

Las quinientas treinta y cuatro páginas que dedicó Francés de Urrutigoiti al padre Selleras convierten al autor de *Vida y muerte* en el más significativo hagiógrafo del “venerable”. Si repasamos sucintamente el citado libro vemos lo siguiente: en el capítulo quinto se intentaba publicar al padre Selleras por el mérito de su paciencia, concluyendo el apartado resaltando el espíritu de profecía (del que también se ocupó en los capítulos XXIII y XXIV) sobre determinados sucesos adversos que nunca rehusó. En los capítulos siguientes se ocupaba de las diversas penitencias que se aplicaba en el cuerpo (capítulo VI); la abstinencia, ayunos y lo poco que dormía (capítulo VII); la mortificación mediante una sed continua (capítulo VIII); gran tolerancia de las enfermedades (capítulo IX); se convirtió en el guardián de una pobreza extrema que ponía en práctica en la alimentación, en el vestir y en el espíritu (capítulo X), la obediencia a sus superiores y la resignación de su propia voluntad (capítulo XI), la práctica de la observancia de la castidad (capítulo XII), la caridad que anhelaba y la compasión con los pobres y necesitados (capítulos XIII y XIV). Los capítulos XV y XVI los dedicó nuestro protagonista a dar cuenta de la predicación de Selleras por distintas poblaciones de una extensa zona de las actuales provincias de Teruel y Zaragoza. En el capítulo XVII se exponía la doctrina del franciscano con respecto a los ejercicios espirituales. Luego se sucedían una serie de capítulos (XVIII-XXIX) donde se mezclaban los más diversos asuntos de la personalidad del “venerable” miembro de la comunidad franciscana (poesías que compuso, retiro para la oración mental, sus diversos éxtasis, su espíritu de profecía, su devoción en los oficios divinos, la atención con que celebraba el Santísimo Sacrificio de la Misa y, su especial devoción a la santa Cruz, al Ángel de la Guarda, a la Virgen, al patriarca san José y al misterio de la Inmaculada Concepción).

Francés de Urrutigoiti, a partir del capítulo XXX y hasta el final del libro, se centraba en el análisis de los últimos días en la tierra del padre Selleras y todo lo que aconteció con posterioridad a su óbito, unos aspectos que desgranaremos más adelante. Varios testigos del proceso iniciado después de su muerte hablaban de su espíritu de profecía y de que

Dios le reveló el día de su muerte. Murió el lunes 28 de febrero de 1622 (a los 66 años, 3 meses y 21 días desde que lo bautizaron) y durante la noche un gran resplandor celeste descendió hasta la casa donde había fallecido el franciscano y se extendió hacia el convento de Nuestra Señora de los Ángeles de Híjar (donde el difunto era miembro conventual).

El relato de todo lo que aconteció durante los primeros pasos dados para beatificar al franciscano fray Pedro Selleras lo exponía Francés de Urrutigoiti en los capítulos XXXVI y XXXVII. Se ocupaba extensamente —el autor decía que copiaba «palabra a palabra el acto que se hizo en Zaragoza en 9 de Febrero del año de 1623», extracto sacado por el notario Francisco de Olcinellas, escribano principal de la escribanía de pías causas, el 8 de junio de 1623— de diversas consultas y pareceres de teólogos y juristas hasta que se emitió una sentencia por el vicario general del arzobispado de Zaragoza —siguiendo los dictados de Roma— por lo que se ordenaba todo lo relacionado con el culto privado del “venerable” Selleras⁴⁰. Con ello, se daba por concluida una primera etapa que, como hemos adelantado, se convirtió en definitiva en el proceso de beatificación del franciscano de Torre los Negros. Esta resolución formaba parte de las tres que se tomaron sobre las virtudes, los milagros y el culto y reverencia del padre Selleras, cuando no había sido beatificado⁴¹. Se dejaba claro lo siguiente sobre el culto y reverencia: no se le podía llamar santo; tampoco se le podía invocar en las letanías y oficios divinos; ni se podía erigir altar y edificar capilla o templo en su nombre; no se podía celebrar el oficio de la misa en su nombre; no se podía instituir ninguna fiesta pública ni solemne en su honra; no se podía pintar su imagen con rayos, resplandores, diadema o corona; y no se podía dar a adorar sus reliquias en la Iglesia. Solamente se concedía licencia para lo siguiente: elevar su cuerpo y ponerlo en lugar alto y eminente; poner una lámpara en su sepulcro y encender cirios y velas; colgar votos y dones ofrecidos por los fieles en su sepulcro; se le podía llamar santo fray Pedro; se podía pintar su imagen y ponerla sobre un sepulcro, aunque sin rayos, ni diademas, ni puesto a solas por retablo de altar, ya que debía estar acompañado de otras imágenes (Jesucristo, san Francisco,...); los días de la celebración de su traslación y el de la memoria de su tránsito se podía decir misa de todos los santos y predicar las alabanzas y virtudes de dicho padre; sus reliquias se podían adorar y reverenciar privadamente; en oratorios particulares fuera de las iglesias se podía poner su imagen en el altar, aunque estuviese pintada sola y sin ningún otro santo⁴².

Estas resoluciones no decían nada del tema de cómo se podían imprimir los libros sobre la vida, hechos, favores

³⁸ La obra fue publicada en Zaragoza, por Pedro Lanaja, en 1648. Fuser, miembro de la orden de Predicadores, realizó por encargo la citada hagiografía, para propiciar la beatificación del dominico fray Jerónimo Batista de Lanuja.

³⁹ Francés de Urrutigoiti 1664: prólogo. Fray Tomás apuntaba que quería guardar el decreto apostólico que dio, sobre este género de historias sagradas, la Congregación de la Santa Romana y Universal Inquisición en los años 1625, 1631 y 1634.

⁴⁰ Francés de Urrutigoiti 1664: 373-439. Se diferencia el culto privado del culto público privado solemne. Este último solamente se podía llevar a cabo, en nombre de la Iglesia, cuando mediaba el reconocimiento de la beatificación o de la canonización. El culto público privado era el que «cada uno lo da en su nombre propio, y se contra-pone al solemne» (p. 378).

⁴¹ Se aprobó que el padre Selleras había vivido y muerto como hijo de la Iglesia y de padres cristianos viejos y virtuosos, había vivido bajo la caridad y amor a Dios y con los hombres, había disfrutado de su humildad, mortificación, trabajos, persecuciones y de los votos de su profesión (obediencia, castidad y pobreza). Con respecto a los milagros, se consideraba que eran verdaderos (probados por testigos), singulares, etc. (Francés de Urrutigoiti 1664: 380-381).

⁴² Francés de Urrutigoiti 1664: 382-383.

y virtudes de los que no habían superado los procesos de beatificación y canonización. Francés de Urrutigoiti abogaba por su publicación si solamente era una historia humana, fiable, cuidadosa con la verdad (manteniendo las censuras que ordinariamente se ponían en los libros). Ponía como ejemplo las publicaciones sobre la reina doña Juana de Valois (Madrid, 1654), la infanta sor Margarita de la Cruz (Madrid, 1636), fray Alonso de Orozco (Madrid, 1648), fray Jerónimo Batista de Lanuza (Zaragoza, 1648) y sor María Salinas (Zaragoza, 1660)⁴³.

Salvo las últimas cuestiones expuestas, sobre la resolución del primer examen de pureza doctrinaria, los escritos hagiográficos sobre el padre Selleras seguían el guion de buena parte de las obras sobre los más diversos santos y santas. Tomando como ejemplo a Jesucristo, los relatos hagiográficos decían que el franciscano llevó a cabo varios milagros, tanto en vida como después de muerto. Así, en vida, el “venerable” restituyó con sus manos una campana que estaba partida en varios pedazos, en Maella (Zaragoza) transformó el vino agrio en saludable y en dos lugares curó a varios enfermos y endemoniados⁴⁴. Estando de cuerpo presente curó a una mujer asmática (como lo apuntaron los testigos 127 y 113)⁴⁵. Además, tras su muerte, en la casa que expiró apareció «un extraordinario resplandor en el aire, que a modo de un sepulcro estuvo más de dos horas tomando como una nube muy resplandeciente y clara [...]» que se trasladó hacia el convento de Nuestra Señora de los Ángeles de Híjar, donde moraba en vida el difunto⁴⁶. Estos poderes sobrenaturales fueron en aumento después de su muerte. Las disputas entre las poblaciones turolenses de Torre los Negros, Híjar y Visiedo (lugares de nacimiento, residencia y muerte, respectivamente) y Calamocha (el convento franciscano más cercano a Visiedo) facilitaron la narración de los más diversos sucesos prodigiosos o milagros cuando fue exhumado su cadáver, cuando sus restos o reliquias fueron repartidos por las diversas localidades por donde pasaba la comitiva que trasladó el cuerpo muerto mutilado desde Visiedo hasta Híjar, y después de que los restos fuesen inhumados nuevamente en Híjar⁴⁷.

Las señaladas disputas se iniciaron nada más ser enterrado el padre Selleras en una sepultura “muy honda” en la iglesia parroquial de Visiedo⁴⁸. Todo empezó a raíz de las reclamaciones de los franciscanos de Híjar. El intercambio de propuestas duró treinta y ocho días, hasta que el 6 de abril de 1622 el obispo de Teruel, don Tomás Cortés, dictó la sentencia de que los moradores de Visiedo debían entregar el cuerpo enterrado de Selleras a los franciscanos de Híjar, disponiendo también que los primeros se quedasen con el brazo derecho y que no se pagase ningún derecho por la traslación⁴⁹.

Como hemos adelantado, con el levantamiento del cadáver sepultado se inició otra nueva etapa sobrenatural

del padre Selleras, cuando uno de los asistentes al acto vio que el cirio que portaba se encendió por sí solo. Además, el cuerpo enterrado —después de un mes y varios días— estaba incorrupto, y por ello extendió las manos en forma de cruz. Brotó abundante sangre cuando le cortaron el brazo derecho, lo que fue aprovechado por los asistentes para tener pequeñas reliquias, después de secar el preciado líquido con pañuelos. Entre los asistentes al acto estuvo el licenciado Felipe Sánchez del Castellar, sacerdote, natural de Torrelasnegros. Todos los enfermos que tocaron el cuerpo recién sacado de la tierra llegaron a sanar.

Una vez terminada la exhumación, se inició la traslación —en diferentes etapas— del cuerpo muerto (metido en un arca y ésta depositada en un carro) desde Visiedo hasta Híjar. Con este acto, se propagaba el objeto devocional (Selleras) por el trayecto del recorrido y sus aledaños y se perpetuaba como tal con las reliquias que se quedaban a su paso. Poco importaba que la comitiva (formada por algunos clérigos, personas devotas y Andrés Navarro, teniente de sesmero de la sesma de Barrachina) tuviese poco brillo⁵⁰. El relato del peregrinaje de los restos de Selleras es como sigue: la primera etapa pasó por Lidón (donde salió el clero y todo el pueblo, y se cantó un responso), por Cosa (donde, tras el recibimiento en la iglesia, se rezó una oración por el difunto) y llegó a Torrelasnegros (una parada significativa, por ser la patria del finado), donde salió el rector y el clero «con ornamentos negros, tañendo a vando las campanas y con muchas luzes y achas, saliendo algunos con túnicas de la sangre de Christo». Y cantando respuestas llevaron el cuerpo a la iglesia, donde se abrió el arca con el cuerpo del finado para proceder a la veneración de dicho padre, dándose la circunstancia de que muchas personas enfermas sanaron⁵¹.

Llama la atención que Francés de Urrutigoiti no decía nada de la reliquia del padre Selleras que quedó en su patria. Debemos esperar a otro momento del relato (capítulo XXXIX) para encontrar la referencia de que, con la misma navaja utilizada en Visiedo para amputar el brazo derecho, en Torrelasnegros se cortó el pie izquierdo y salió «un poquito de sangre que bastó para teñir un pañico que le ataron al pie»⁵². El relato hagiográfico de fray Jesús Sanjuán apuntaba que en su patria se quedaron con el pie izquierdo (amputado por don Alexos Ruiz, el mismo cirujano que participó en la mutilación en Visiedo), después de que un dedo de dicha extremidad fuese cercenado con destino a la vecina población de Barrachina. Además, como en Visiedo, al cortar el pie también brotó un manantial de sangre y se produjeron los milagros de sanar una mujer parálitica, una niña muda y diversos enfermos⁵³.

La siguiente etapa de la traslación se dispuso desde Torrelasnegros hasta Muniesa. Al pasar cerca de Segura de los Baños bajaron a visitar el arca los vecinos con una cruz

⁴³ *Ibidem*: 431-433.

⁴⁴ *Ibidem*: 444-465.

⁴⁵ Torres 1625: 4. Francés de Urrutigoiti 1664: 322-324.

⁴⁶ Torres 1625: 3v. Francés de Urrutigoiti 1664: 316-322.

⁴⁷ Francés de Urrutigoiti 1664: 474-500.

⁴⁸ Estaban presentes fray Miguel Ibáñez (vicario del convento de San Roque de Calamocha), el ilustre Domingo Ortín (procurador general de la Comunidad de Teruel, vecino de Visiedo) y otros.

⁴⁹ Francés de Urrutigoiti 1664: 337.

⁵⁰ Esta traslación, aunque semejante, tiene otras connotaciones diferentes a los traslados de las reliquias de los santos mártires Justo y Pastor desde Huesca a Alcalá de Henares o las de san Orencio desde Auch (Francia) hasta Huesca, por citar dos ejemplos. Amén de las traslaciones famosas como la de santa Leocadia. Andrés de Uztarroz 2005: 65-97; Gómez Zorraquino 2007: 99-136; Hernández 1591.

⁵¹ Francés de Urrutigoiti 1664: 340-341.

⁵² *Ibidem*: 467.

⁵³ También se beneficiaron de las reliquias del “venerable” las vecinas poblaciones de Bañón, Rubielos de la Cérda y Argente. Sanjuán Navarro 1973: 59.

levantada y se cantaron responsos. También se acercaron al encuentro de la comitiva muchas personas del lugar de Cortes de Aragón, quienes besaron la mano del franciscano muerto y algunos niños quebrados y enfermos recuperaron la salud. Cerca de Muniesa salió el clero con una cruz levantada y varios sacerdotes llevaron en hombros el arca hasta la iglesia, donde se cantaron unas vísperas muy solemnes, de finados. Al día siguiente, el vicario del lugar (el doctor Seguer) predicó, se veneró el cuerpo de dicho padre y sanaron varios de los niños quebrados y enfermos que veneraron el cuerpo.

Desde Muniesa los restos pasaron por la villa de Lécera, donde, tañendo a muerto, estuvieron presentes varios miembros del clero (con cruz y ornamentos negros), y todo el pueblo acompañó a los sacerdotes que lo llevaron a la iglesia de dicha villa. Se curó una paralítica (María de Esteruelas, mujer de Gaspar de Ulleta). Tras solicitar el paso de la comitiva, la villa de Belchite también recibió los restos del padre Selleras, tomando la iniciativa el alcaide (Luis de Marchina), quien en compañía del clero llevaron el arca hasta la iglesia de la villa. En el proceso de veneración sanó una mujer de Almonacid de la Cuba, baldada de una pierna.

La comitiva partió desde Belchite hasta concluir su etapa final en la villa de Híjar aunque, antes de llegar, las autoridades laicas y eclesiásticas y varios habitantes salieron a su encuentro en la ermita de San Braulio. También concurren muchos vecinos de los lugares de la comarca, los religiosos del convento franciscano de Nuestra Señora de los Ángeles y otros frailes y religiosos de diferentes órdenes (los agustinos del convento de Santa Quiteria de Samper de Calanda y otros). El vicario de Híjar mandó que la caja con los restos del padre Selleras la portasen los sacerdotes y religiosos y, en procesión, se dirigiesen a la iglesia de la villa. Ocuparon un lugar preeminente en la procesión los cofrades de número de la cofradía del Rosario (150 miembros, con sus cirios y hachas), con el concurso de las siguientes autoridades y distinguidos miembros: el gobernador de la villa; el justicia, jurados y gobierno de Híjar; el justicia, jurados y consejo de la parroquia de la nueva población de dicha villa; el mayordomo y consejo de hidalgos de Híjar; y el alcalde y jurados de la villa de Belchite. Llegando a la iglesia, en un túmulo se puso el féretro con los restos (cubierto con un paño de terciopelo negro) y el vicario con otros sacerdotes y religiosos cantaron unas vísperas de difuntos y un responso. Al final de la jornada se guardó el féretro en la sacristía y, al día siguiente, hallaron que del cuerpo había salido mucha sangre. Los paños que se utilizaron para recogerla sirvieron de reliquias. Después de reposar otra noche en la sacristía de la iglesia, por la mañana se formó una nueva procesión para trasladar los restos desde la iglesia parroquial de Híjar hasta el convento de Nuestra Señora de los Ángeles de dicha villa. La comitiva pasó primero por el palacio de los duques de Híjar y, dando una vuelta por la población, llegaron a dicho convento. Mientras tanto, el féretro fue llevado en hombros por los siguientes participantes: los padres agustinos de Samper de Calanda, el gobierno de la villa de Híjar, el consejo de la parroquia de la nueva población de dicha villa, el consejo de la villa de Belchite, los hermanos franciscanos y, finalmente, los clérigos de Híjar. Arribando a la iglesia conventual, se cantó una misa y el cuerpo fue expuesto durante todo el día. Llegada la noche, se enterraron los restos del padre Selleras en la capilla de Nuestra Señora (también

conocida como de San Antonio de Padua). A partir de ese momento, algunos enfermos que visitaron el sepulcro vieron curadas sus dolencias⁵⁴.

El franciscano Torres destacó sobre la traslación de los restos de Selleras desde Visiedo a Híjar el siguiente breve relato: por todos los lugares que pasaba la comitiva se encontraba con «infinidad de gente, que jamás se ha visto cosa semejante, ni leído desde San Antonio de Padua acá [...]» (*sic*), que salía a venerar y tocar el cuerpo del “venerable”, a la vez que Dios obraba “muchas maravillas y milagros”. Después de llegar a Híjar, y antes de sepultarle en el convento franciscano de Nuestra Señora de los Ángeles, se procedió a su veneración en la iglesia parroquial de dicha población, donde dos clérigos y un religioso estuvieron recogiendo con paños la sangre que manaba del cuerpo (“por la cisura del brazo; por narices y boca”), por espacio de más de dos horas. Con el entierro del padre Selleras en el convento de los Ángeles de Híjar —donde «[...] fue tan grande el concurso de la gente que no se ha visto cosa semejante [...]»— concluía el franciscano Torres el relato de la vida, virtudes y los “más de doientos y setenta” milagros del “venerable”⁵⁵. A esta escueta crónica, Torres añadió la puntual información del inicio del proceso de beatificación, de la resolución de la sentencia de 9 de febrero de 1623, de que en Híjar el 4 de octubre de 1623 se hizo “elevación” del cuerpo del “venerable” hallándolo incorrupto —y se celebró una fiesta durante tres días— y de que el obispo de Teruel, don Tomás Cortés y Sangüesa, copió la iniciativa llevada a cabo en Híjar y la puso en práctica el día 18 de octubre de 1623, con el brazo incorrupto que descansaba en Visiedo⁵⁶.

A pesar de todas estas iniciativas, tal como hemos señalado, el proceso final de beatificación del padre Selleras no prosperó, por motivos puntuales que desconocemos, en los años 1622-1623.

EL CAMINO DE LA SANTIDAD: SEGUNDO ACTO

Ante este fiasco, los franciscanos no se rindieron. Cuando fray Juan [Francisco] Pérez López firmaba, el 10 de marzo de 1703, su *Descripción* estaba cumpliendo con el renovado interés que la orden franciscana mostraba por la beatificación y canonización del padre Selleras⁵⁷. Decimos esto, a pesar de una significativa afirmación de este escritor al final de la hagiografía del citado padre. Señalaba algo

⁵⁴ El relato de la traslación del cuerpo del padre Selleras desde Visiedo hasta Híjar lo hacemos siguiendo lo expuesto por Francés de Urrutigoiti 1664: 338-355.

⁵⁵ Torres 1625: 5r.

⁵⁶ Torres 1625: 5v. El prelado turolense aprovechó la ocasión y se quedó como reliquia unos manteles teñidos de la sangre del brazo, y repartió entre los fieles la manga del hábito que cubría el citado miembro corporal.

⁵⁷ El franciscano Juan [Francisco] Pérez López fue dos veces lector jubilado, guardián del Colegio de San Diego de Zaragoza, examinador sinodal del arzobispado de Zaragoza, definidor, custodio y provincial de Aragón, procurador general de su orden en Roma en 1692, general delegado de las misiones de Egipto en 1693, comisario general de los colegios de Hibernia, predicador apostólico de Inocencio XII, asistente ordinario de la capilla pontificia y padre perpetuo de los franciscanos. Murió en 1723-1724 en el convento de San Cristóbal de Alpartir. Latassa y Ortín, F. de. 1798-1802/2004: vol. IV: 314-317. Gómez Uriel 1884-1886, II: 540-541.

que entraba en contradicción con lo que había escrito en las páginas precedentes. Decía lo siguiente:

Ni quiero por estas relaciones y descripciones que se le dé alguna veneración, o culto, ni dar paso para su Beatificación, o Canonización, o comprobación de milagros. Antes bien, lo dexo todo en aquel mismo estado que tuviera, sino la hubiera escrito; siendo solo mi intento que se muevan los Fieles con el ejemplo de sus virtudes [...]»⁵⁸.

La actuación del padre franciscano Pérez López —quien destacó dentro de su orden como provincial en Aragón y procurador en Roma— en 1703 no era aislada. Debemos insertarla en la estrategia que elaboró la orden franciscana en Aragón a finales del siglo XVII y principios del siglo XVIII, consistente en tratar de reanudar el proceso de beatificación del padre Selleras, iniciado en los años 1622-1623 y sin prosperar hasta ese momento. Decimos esto porque en los años 1698, 1699 y 1719 varios ilustres franciscanos volvieron a recordar la posible santidad del “venerable”, cuando dieron publicidad de varios de sus supuestos sermones y panegíricos, presentados con letra casi de imprenta —que calificaban de autógrafos—, recogidos en cuatro volúmenes, y que se conservan sin signatura en el Archivo del Cabildo Metropolitano de Zaragoza, en su sede de la Seo⁵⁹. Estamos, desde nuestro punto de vista, ante una muestra más de los innumerables escritos apócrifos que jalonan la historia, creados para dar fe de una realidad creada para la ocasión⁶⁰.

Así, en uno de los tomos, de quinientos sesenta y nueve folios, se puede leer que era obra del venerable padre Selleras y que los escritos eran originales de su mano, entregados al convento franciscano de Nuestra Señora de Monlora en Luna (Zaragoza) por el padre de la misma orden fray José Antonio de Hebrera y Esmir el 3 de julio de 1698. Esto supone que salía al escenario social el padre Hebrera, natural de la villa zaragozana de Ambel, hijo de una familia noble, que nació a mitad del siglo XVII y que murió en el convento de San Francisco de Zaragoza el 30 de mayo de 1719. Hablamos de un predicador general, definidor y cronista en el Reino de Aragón de la orden de san Francisco, comisario visitador de la provincia de Compostela y secretario general de la orden religiosa a la que pertenecía. Estamos, también, ante un significativo hagiógrafo de muchas y destacadas obras (algunas por encargo a sueldo), y que no desperdició las ocasiones en las que podía prestigiar a su orden franciscana y, llegado el caso, desprestigiar a las órdenes religiosas competidoras. No olvidemos que la gran expansión de las órdenes religiosas durante la Contrarreforma propició el que hubiese grandes rivalidades entre ellas en los más diversos ámbitos (en el terreno de ganarse adictos, a la hora de la santificación de sus miembros, cuando estaba en juego el control de las más altas esferas de poder, etc.)⁶¹.

⁵⁸ Pérez López 1703: 215.

⁵⁹ Archivo del Cabildo Metropolitano de Zaragoza. *Sermones y panegíricos del padre Selleras*.

⁶⁰ Son conocidos los trabajos de Grafton 2001 (el original en inglés. 1990. Princeton: Princeton University Press); Caro Baroja 1992; Barrios Aguilera y García-Arenal (eds.) 2006.

⁶¹ Latassa y Ortín 2004, IV: 270-274. De estas cuestiones y de otras sobre el padre Hebrera ya empezamos a hablar en Gómez Zorraquino 2009: 28-36. Recordemos que fue don José Domingo Benito de Urriés de Arbea, señor de Ayerbe, gobernador de Aragón, quien le encargó la hagiografía del godo san Gaudioso, obispo de Tarazona.

En un segundo volumen —donde se señalaba que era la Cuaresma continua del padre Selleras y que perteneció al convento franciscano de Nuestra Señora de los Ángeles en Híjar (Teruel)—, el franciscano fray José García, lector jubilado, el 28 de marzo de 1699, daba cuenta de lo siguiente: que era un tomo de sermones escritos por el “venerable” con su propia mano

como se comprueba de la letra, en muchas firmas que se hallaban del V[enerable] P[adre], como también del Rótulo que tenía el Pergamino que los Cubría [...]. Los leí con mucho consuelo de mi Alma y hallé en ellos que contenían celestial Doctrina con sólidos fundamentos, ilustrada de Letras divinas y humanas [...]. Por eso me pareció hazerle adornar en la forma que hoy se halla y con la licencia de [...] fray Juan Pérez López [...] dedicarlo al convento de Nuestra Señora de los Ángeles de la villa de Yxar [...].

En otro volumen, de cuatrocientas treinta y siete páginas, salía a la palestra el ilustre franciscano fray Antonio Arbiol Díez, de quien podemos encontrar amplia información biográfica en el estudio preliminar que de su obra *La familia regulada* hizo el profesor Roberto Fernández⁶². Arbiol, el 25 de marzo de 1719, siendo ministro provincial de los franciscanos, desde el convento de San Francisco de Zaragoza, señaló que el libro encontrado en ese momento era un manuscrito que escribió el padre Selleras en 1615, siete años antes de su muerte. Esta afirmación la hacía atendiendo a un testimonio que el autor de *La familia regulada* calificaba de “auténtico” y que insertaba al final de dicho volumen. Estamos hablando de una escritura del notario real Antonio de Ara, infanzón de Híjar, que el 10 de diciembre de 1713, estando en el convento franciscano de Nuestra Señora de los Ángeles de Híjar, en compañía de dos testigos de dicha población, daba fe de lo que decían cuatro maestros de letras de Híjar, Samper de Calanda, Urrea de Gaén y La Puebla de Híjar⁶³. Estos señalaban que, después de examinar el libro manuscrito que se había encontrado con los manuscritos originales del padre Selleras, daban

fe y verdadera relación que en Dios y en nuestras Consciencias nos parece que la letra del sobredicho libro en octavo folio es del puño y mano del sobredicho venerable [...]. Lo que nos parece ser así porque la letra, aire y forma de ella coincide en todo y por todo con la letra, forma y Aire de la de los sobredichos originales [...].

En el cuarto volumen citado, un ejemplar sin foliar, no hemos encontrado anotaciones significativas que nos diesen nueva luz con respecto a la línea interpretativa que estamos indicando.

Como se puede comprobar, la iniciativa franciscana para beatificar y santificar al padre Selleras en los años 1622-1623 se rearmó con nuevos argumentos (los supuestos sermones y panegíricos del aspirante a la santidad) y con un nuevo ejército de franciscanos (los apuntados y distinguidos Hebrera, García y Arbiol) en los últimos años del siglo XVII y los primeros del siglo XVIII. A pesar de ello, también fracasó este segundo intento de “fábrica” y todo volvió al punto de partida de la resolución arzobispal de 9 de febrero de 1623, cuando se dictaron una serie de normas sobre el culto

⁶² Arbiol Díez 2000: 13-17 y 87-91.

⁶³ Estamos hablando de Juan Gonzalbo, Pedro Albiol, Domingo Blanzaco y Juan Jerónimo Layunta, respectivamente.

al “venerable”. Estamos, pues, ante un ejemplo más de la amplia nómina de aspirantes a la santidad que se quedaron en el camino —a pesar de intentarlo en varias ocasiones y en distintas épocas— antes de llegar a la meta final. En este caso, el entramado político, socioeconómico y cultural que apoyó la fábrica de la imagen del padre Selleras difería del que se utilizó para ensalzar a la religiosa Hipólita de Jesús (Hipólita de Rocabertí y Soler)⁶⁴ y a otros/as candidatos/as a la santidad. En este caso, a diferencia de sor Hipólita, no tenemos ninguna autobiografía, ni ningún confesor que glosase las excelencias del elegido, ni ningún miembro de la estirpe que promocionase el proceso de beatificación, unas ayudas que solían ser relevantes en el escenario aquí descrito. Con respecto a nuestro protagonista, solamente encontramos el apoyo continuado en los siglos XVII y XVIII de sus hermanos franciscanos. Aunque ambas candidaturas fracasaron en el intento de subir a los altares, sabemos —si seguimos a Alabrús Iglesias— que sor Hipólita no lo hizo por la presión de los jesuitas, las dudas y vacilaciones de los dominicos, la hostilidad de algunos poderes fácticos en Roma y el estigma del iluminismo quietista⁶⁵. Como ya anticipamos, desconocemos los motivos concretos del fracaso del doble intento franciscano de subir a los altares al turolense.

A MODO DE CONCLUSIÓN

En el caso del padre Selleras, debemos hablar de que los franciscanos fallaron —por motivos concretos que desconocemos— en sus dos intentos de “fabricar” un nuevo santo que estuviese muy vinculado a una extensa zona fronteriza de las actuales provincias de Teruel y Zaragoza, donde la orden quería asentarse para extender su propio mensaje eclesiástico y controlar al rebaño de fieles en los asuntos terrenales. A primera vista, podemos pensar que el proyecto de santidad abortó porque estamos hablando de un “venerable” padre franciscano que no fue apóstol, ni mártir, ni ocupó ninguna prelatura, ni tuvo ningún cargo significativo en la carrera eclesiástica. Sin embargo, aunque nos encontramos ante un miembro de poco “lustre”, para entender el fracasado proceso de beatificación debemos fijarnos más en la fuerte competencia que había en la Contrarreforma entre las órdenes religiosas, interesadas, entre otras cuestiones, por apropiarse del mayor número posible de santos de renombre, lo que “encarecía” el acceso a las peanas. Sin esta segunda parte, la primera podía haber llegado a buen puerto sin muchos problemas. Puntualmente, sabemos que el primer intento beatificador del padre Selleras —por parte de los franciscanos— coincidió con la radicalización de la confrontación de dominicos y jesuitas entre 1620-1630⁶⁶, una cuestión que también debemos tener presente. Además, posiblemente, dicho fracaso tenga relación con que en 1622 canonizaron —además del italiano Felipe Neri— al mártir san Isidro Labrador, a los jesuitas san Ignacio de Loyola y san Francisco Javier y a la carmelita santa Teresa de Jesús⁶⁷, cuatro significativos santos españoles que ocuparon una parcela donde “no cabían” otros aspirantes a

la santidad, mucho más atendiendo al peso que tenían los citados nuevos santos y al patronazgo que los respaldaba. Esto supone que en los años veinte del siglo XVII los franciscanos no tenían ningún espacio habilitado, atendiendo al papel orquestado desde Roma «para que cada orden tuviera su momento de glorificación a través de las beatificaciones y canonizaciones»⁶⁸. La situación se debió de repetir en el siglo XVIII.

Aunque el proceso de beatificación del padre Silleras⁶⁹ no llegó a buen puerto, su poder intercesor ha permanecido en la “tradición” hasta nuestros días. Amén de la veneración que se profesa a sus reliquias y a su representación artística (cuadros y alguna talla), el poder taumatúrgico del “venerable” hijo de Torrelasnegros se localiza en las noches que dan paso a los días de San Juan y San Pedro de cada año. En ese tránsito temporal, al agua que brota en la fuente del mismo nombre que el franciscano (en el término municipal de Torrelasnegros y cercano al límite con el de Cosa) se le atribuyen poderes curativos para la epidermis. Para lograrlos, es necesario lavar la parte dañada y esperar a que el agua sea absorbida por la piel, sin mediar ningún otro tipo de secado.

Según la “tradición”, la citada fuente fue creada por el padre Silleras para calmar su sed y la del ayudante que le acompañaba en la predicación. Fue el resultado de que el “venerable” tocó tres veces con su cayado la tierra y brotó agua. Esto, nos remite a la figura bíblica de Moisés —facultado por Dios para hacer prodigios—, quien en el desierto de Sin dio de beber las aguas de Meribá a los israelitas y a sus ganados después de golpear dos veces una peña con su vara⁷⁰.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Andrés de Uztarroz, J. F. 2005 [1644]. *Monumento de los santos mártires Justo y Pastor, en la ciudad de Huesca, con las antigüedades que se hallaron fabricando una capilla para trasladar sus santos cuerpos*. Edición facsimilar, con estudios introductorios de Gil Encabo, F. y Chauchadis. Huesca: Instituto de Estudios Altoaragoneses.
- Archivo del Cabildo Metropolitano de Zaragoza. *Sermones y panegíricos del padre Selleras*.
- Archivo Histórico Diocesano de Teruel. *Quinque libri* de la parroquia de Torrelasnegros. Doc. 1.
- Archivo Histórico Diocesano de Teruel. *Quinque libri* de la parroquia de Visiedo. Tomo I.
- Alabrús, R. M. 2015. «La espiritualidad de Hipólita de Rocabertí y la construcción de su imagen en el siglo XVII». *Hispania Sacra* LXVII, 135: 219-245.
- Arbiol Díez, A. 1720. *Epitome de la virtuosa y evangélica vida del R. venerable Padre Fray Ignacio García, lector jubilado, fundador y dos veces Guardián del Insigne Colegio Seminario de Misioneros...* Zaragoza: Pedro Carreras.
- Arbiol Díez, A. 2000. *La familia regulada: 7-98*. Edición facsimilar de Roberto Fernández. Zaragoza: Institución Fernando el Católico.
- Armogathe, J. R. 2003. «La fabrique des Saints. Causes espagnoles et procédures romaines d'Urbain VIII a Benoît XIV (XVII^e-XVIII^e siècles)». *Melanges de la Casa de Velázquez*, Nouvelle serie 33 (2): 15-31.

⁶⁸ Vincent-Cassy 2012:160.

⁶⁹ El apellido Silleras es la vulgarización de Selleras. Pero, el lector debe saber que en los registros parroquiales, donde se cita el padre y hermanos de nuestro protagonista, las inscripciones les señalan —mayoritariamente— con el apellido Salleras.

⁷⁰ Según se recoge en el Antiguo Testamento, número, 20, 1-11.

⁶⁴ Alabrús Iglesias 2015: 219-245.

⁶⁵ *Ibidem*: 243.

⁶⁶ Alabrús Iglesias 2015:234.

⁶⁷ Armogathe 2003: 26-29; Serrano Martín 2010: 297-307; Vincent-Cassy 2012.

- Arrieta Alberdi, J. 1994. *El Consejo Supremo de la Corona de Aragón (1494-1707)*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico.
- Barrios Aguilera, M. y García-Arenal (eds.) 2006. *Los Plomos del Sacromonte. Invención y tesoro*. Valencia: Universitat de Valencia; Universidad de Granada; Universidad de Zaragoza.
- Beltrán, J. 1996. «Acercamiento histórico a la figura del venerable Fr. Pedro Selleras (I)». *Xiloca* 17: 115-137.
- Beltrán, J. 1997. «Acercamiento histórico a la figura del venerable Fr. Pedro Selleras (II)». *Xiloca* 19: 127-155.
- Benedicto Gimeno, E. 1996. «Documentos sobre el convento y la ermita de San Roque de Calamocha». *Xiloca* 18: 15-45.
- Caro Baroja, J. 1992. *Las falsificaciones de la historia (en relación con la de España)*. Barcelona: Seix Barral.
- Cuella Esteban, O. 1991. «Processus vitae, morum et miracolorum servi Dei venerabilis patris fray Petri Selleras...», *El espejo de nuestra historia. La diócesis de Zaragoza a través de los siglos*. Zaragoza: Arzobispado de Zaragoza y Ayuntamiento de Zaragoza.
- Domingo Pérez, T. y González Hernández, V. 1992. *Pedro de Apaolaza*. Zaragoza: Diputación General de Aragón.
- Francés de Urrutigoiti, T. 1664. *Vida y muerte, virtudes y prodigios del venerable Padre Fray Pedro Selleras*. Zaragoza: Juan de Ybar.
- Gómez Uriel, M. 1884-1886. *Bibliotecas antigua y nueva de escritores aragoneses de Latassa, aumentadas y refundidas en forma de diccionario bibliográfico-biográfico*. Zaragoza: Calisto Ariño.
- Gómez Zorraquino, J. I. 2007. *Los santos Lorenzo y Orencio se ponen al servicio de las "tradiciones" (siglo xvii)*. Huesca: Instituto de Estudios Altoaragoneses.
- Gómez Zorraquino, J. I. 2009. «La familia benedictina "coloca" a tres de sus hijos santos patronos de Tarazona», en R. Carretero Calvo y J. Criado Mainar, *Milenio. San Atilano y Tarazona (1009-2009)*: 17-49 Tarazona: Fundación Tarazona Monumental.
- Grafton, A. 2001. *Falsarios y críticos. Creatividad e impostura en la tradición occidental*. Barcelona: Crítica.
- Hebrera y Esmir, J. A. de. 1703. *Crónica seráfica de la Santa Provincia de Aragón de la Regular Observancia de Nuestro Padre San Francisco: primera parte...* Zaragoza: Diego de Larumbe.
- Hernández, M. 1591. *Vida, martirio y translación de la gloriosa Virgen y Mártir Santa Leocadia*. Toledo: Pedro Rodríguez.
- Latassa y Ortín, F. de 2004 [1798-1802]. *Biblioteca nueva de los escritores aragoneses que florecieron desde el año de 1500 hasta 1599*. Reed. por G. Lamarca Langa. Zaragoza: Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País/IberCaja. 2004 (8 vols.).
- Los Santos Mártires de Teruel*. 1978 [sl. sn.].
- Pérez López, J. 1703. *Descripción de la vida y muerte del venerable padre Fray Pedro Selleras*. Zaragoza: Imprenta de Manuel Román.
- Polo Rubio, J. J. 2005. *Historia de los obispos de Teruel (1614-1700)*. Teruel: Instituto de Estudios Turolenses.
- Sánchez Lidón, F. 1903. *Opúsculo Biográfico del ilustre aragonés, venerable padre fray Pedro Selleras Lázaro*.
- Sanjuán Navarro, J. 1973. *Un aragonés excepcional*. Segorbe: Convento PP. Franciscanos-Segorbe (Castellón).
- Serrano Martín, E. 2010. «Annus mirabilis. Fiestas en el mundo por la canonización de los jesuitas Ignacio y Francisco Javier en 1622», en J. L. Betrán (ed.), *La Compañía de Jesús y su proyección mediática en el mundo hispánico durante la Edad Moderna*: 297-343 Madrid: Sílex.
- Serrano Martínez, A. 2001-2002. «Episcopologio de Zaragoza», *Aragonia Sacra*, XVI-XVII: 197-246.
- Tello Ortiz, M. 2001-2003. «Episcopologio de Tarazona». *Aragonia Sacra* XVI-XVII: 153-195.
- Torres, F. de. 1625. *Suma de la vida, virtudes y milagros del venerable y Santo Padre Fr. Pedro Selleras, Predicador de la regular observancia de N.S.P.S. Francisco de la Provincia de Aragón*.
- Vincent-Cassy, C. 2012. «Las fiestas de canonización en la España del siglo xvii, polifonía de la santidad monárquica», en A. Atienza López (ed.), *Iglesia memorable. Crónicas, historias, escritos... a mayor gloria. Siglos xvi-xviii*: 149-167 Madrid: Sílex.